

LA FANTÁSTICA HISTORIA DE UN CÓNsul “CAMALEÓN”

LOS CUADERNOS DE LÉON WENSEL,
UN CÓNsul EN EL TRÓPICO

Historias

LA FANTÁSTICA HISTORIA DE UN CÓNsul “CAMALEÓN”

Axel y Eric CUMPS

Infografías de portada y contraportada: ©Philip Alka

ISBN : 978940374728

Título original: *La Virtuosit  du Cam leon*

Traducción del francés realizada por el equipo de DeepL

PRÓLOGO

El descubrimiento de los cuadernos

La tarde aún se estira lánguidamente cuando mi hermano y yo llegamos a casa de nuestra tía Gaby. Estamos a mediados de junio.

-¡Ah, hijos míos, me alegro tanto de que hayáis podido escapar! Con ese maldito covid-19, no sabía si ibas a poder venir hasta aquí. En lo que a mí respecta, no tienes que llevar una máscara. No soporto ese bozal.

- Nosotros tampoco.

- Y pensar que hay un genio que decretó que hay que decir "la Covid", intervino Eric.

- Sí, es porque la d de Covid proviene de la enfermedad. También creo que es una tontería decir "la Covid".

- Oigan, niños, esto me parece muy interesante, pero volvamos al tema, pidió la tía Gaby-.

-Tienes razón. Nos estamos perdiendo. ¿Qué podemos hacer por ti, tía Gaby?

- Tengo un montón de cosas viejas en mi ático de las que me gustaría deshacerme. Me estoy haciendo vieja y no estoy segura de tener la fuerza o el coraje para deshacerme de todo, pero me gustaría mucho ordenar ese ático.

- No te preocupes, tía. Eric y yo nos encargaremos de ello.

Subimos las escaleras. En medio de un increíble desorden, una maleta que parece haber viajado por todo el mundo llama la atención. Desgastado, cubierto de etiquetas, su cuero de calidad ha pasado factura. Sus cierres han renunciado al fantasma y se abre, revelando manchas de color que emergen de las sombras. En su interior, descubrimos una serie de pequeños cuadernos Moleskine negros, rojos y azules. Originalmente estaban atados con un cordel, pero es evidente que alguien ha pasado por allí y no se ha molestado en volver a hacer los nudos. Intrigados, la llamamos desde arriba:

- Tía, ¿qué es esa maleta?

- Era de mi antigua vecina, Aline. Falleció hace unos años. Me había pedido que le guardara algunas cosas, por falta de espacio, y me había confiado: "Son de uno de mis hijos que vive en el extranjero. Tengo miedo de que se pierda. Contigo, estoy en paz".

- ¿Este hijo nunca vino a buscar sus pertenencias?

- Lo vi cuando su madre murió. Le hablé de esa maleta, pero desapareció un tiempo después, diciéndome que vendría a por ella después de su último turno. No recuerdo dónde vivía en ese momento. No me dejó una dirección y nunca volvió a por ella.

- ¿Te importa si nos llevamos la maleta? Hay algunas cosas interesantes en estos cuadernos que nos gustaría estudiar más a fondo porque se trata de África... ¿a menos que prefieras que lo dejemos ahí?

- En absoluto. Lo único que te pido es que lo cuides bien. Le hice una promesa a este viejo vecino y quiero cumplirla.

- Lo cuidaremos como a la niña de nuestros ojos.

Con el ático ordenado, volvimos a casa con la maleta. Impulsados por la curiosidad y el deseo de saber más, nos sumergimos en la lectura de los cuadernos. Después de dos semanas, conseguimos reconstruir poco a poco la historia que sigue.

El nombre del autor es Léon Wensel. Según él, fue cónsul en algunos países africanos y en algunos países europeos y latinoamericanos.

En uno de sus cuadernos, probablemente el primero, nos ofrece un breve texto sobre los motivos que le habrían llevado a escribir. Lo transcribimos tal cual:

"Como la mayoría de la gente de mi edad, me he dicho muchas veces que quería escribir un libro, pero enseguida me he sentido obstaculizado en mis intentos de escribir. Muchas personas interesantes, sabias y con talento lo han hecho. Han vivido vidas cautivadoras y han transmitido sus experiencias en fabulosos libros que te cambian para siempre. Han hecho historia. Así que me pregunté qué podía aportar contando parte de la historia de mi vida. Por supuesto, he viajado mucho, pero en el contexto de mi trabajo. ¿Las reuniones quizás? Es cierto que he conocido a personas que me han aportado mucho. Sólo por ellos, debería empezar... "

El autor de este texto no ha publicado ningún libro. En cambio, escribió un diario con el deseo, según nosotros, de convertirlo en un diario de viaje.

También descubrimos, pegado en el forro de tela de la maleta, un viejo cuaderno verdoso. Tiene el mismo tamaño que los cuadernos Moleskine.

- ¿Qué demonios es esta cosa?, pregunta Eric.

-Es un pequeño libro llamado Almanach Payot.¹

Su color se ha desvanecido, pero está muy bien conservado. Abrimos el cuaderno.

Pertenecía a un tal Jean Wensel, que vivía en la calle de Ruysbroek, 24, en Bruselas. Indicó que asistía a la escuela número 1 de la rue des sols.² Al final de la página 5, bajo el título "Notas personales", nos enteramos de que el propietario de este cuaderno era un joven mide 1,40 metros, pesa 33 kilos y calza el 37.

La fecha en la parte inferior de la página dice "8 de enero de 1923"³. Es evidente que este cuaderno pertenecía al padre de Léon Wensel y a su hermano Elías, al que descubrimos un poco más adelante en el texto. En 1923, Jean Wensel era un niño de 12 años.

Al hojear su almanaque, nos damos cuenta de que este jovencito debía de estar soñando mientras ojeaba su pequeño cuaderno y descubría todo lo que el mundo de su época podía ofrecer.

En el índice, hay, al azar, entre un centenar de palabras clave, consejos, juegos e información útil que va desde las reglas de ortografía hasta la geografía, como las cataratas del Niágara, las medidas inglesas, las maravillas del mundo antiguo o cómo se construyen los puentes. Al revisar este documento, encontramos un pequeño y conmovedor escrito a lápiz titulado "El Congo". Lo transcribimos tal cual.

¹ Un almanaque es una publicación anual que contiene fechas importantes del calendario, festividades religiosas e información diversa, como consejos y trucos.

² Estas dos calles siguen existiendo, pero han sido completamente modernizadas.

³ Incluso hoy -lo descubrimos por casualidad- en un sitio de venta en línea, un "Almanaque Payot 1923". Agenda de poche de la jeunesse française" a la venta por 25,80€.

*“Hace sólo unos cincuenta años que nuestra colonia fue descubierta por el explorador inglés Stanley. Tardó dos años en cruzar el Congo de un lado a otro”.*⁴

Jean Wensel había abierto la puerta a la aventura africana y había inoculado a su hijo Léon el gusanillo de los viajes, que le llevaría, cincuenta y seis años después, a varios países del continente.

Hemos querido rendir homenaje a este Léon Wensel dejándole seguir la historia como si fuera el protagonista. Era lo mínimo que podíamos hacer para hacerle justicia.

Estos cuadernos de Léon Wensel abarcan un periodo de décadas. En el libro “Un Cónsul en el Trópico”, el autor sólo ha transcrito algunos episodios seleccionados de dos o tres cuadernos.

En lo que sigue, transcribimos casi la totalidad de lo que se encuentra en todos los cuadernos. Aunque estaban escritas en primera persona, hemos preferido utilizar la tercera y hacer de Léon Wensel el personaje de esta historia.

⁴ El pequeño Jean Wensel parece confundir la fecha de la exploración de Stanley en 1871, el EIC (Estado Independiente del Congo) creado en 1885 y el Congo Belga creado en 1908 por la cesión del EIC a Bélgica por su soberano Leopoldo II. En 1923, el Congo Belga tenía 15 años. Sería útil a este respecto leer el libro publicado en 2020 por Marcel Yabili " Le roi génial et bâtisseur de Lumumba, un exercice de critique historique sur le plus grand Fake News (El genio rey y constructor de Lumumba, un ejercicio de crítica histórica sobre las mayores Fake News)" (Ediciones MEDIASPAUL). El autor aclara las tonterías que han circulado durante mucho tiempo y siguen circulando sobre Leopoldo II y los crímenes que se le atribuyen.

El punto de partida

La memoria de Léon Wensel se parecía a las galerías de una mina abandonada. Algunos pasillos no llevaban a ninguna parte. Sin embargo, estaba convencido de que nada se había perdido, de que todo estaba ahí, en algún lugar, en forma de archivos ocultos. Nada se pierde, todo se conserva y se transforma. Probablemente así funcionaba su memoria.

Así es como, a veces, sin previo aviso, le invade una ola de nostalgia. Basta con ver un rostro en una película, un perfume o un olor en el aire, un sonido, el canto de un pájaro, una pieza musical, para que se cuente una historia. Se dejaba llevar por sus recuerdos. Este fue el caso, una vez más, al ver la versión de André Hunebelle de El Jorobado. Henri de Lagardère, interpretado por Jean Marais, se disfraza de jorobado. Se dirige a M. de Peyrolles, su enemigo acérrimo: "Tóqueme la joroba, Monseñor, le dará el doble de suerte". Entonces vio de nuevo a su padre, que se dirigía a él: "Por aquí, Monseñor. Si el Señor se toma la molestia...". Así es como su padre se dirigía a él cuando era pequeño. Nunca supo por qué. Era demasiado joven para preguntarle. Cuando tienes cinco años, no es el tipo de cosas que se preguntan, y cuando es su padre quien lo dice, no hay razón para preguntarle, por muy tonto que parezca. Aparecía de vez en cuando en su memoria, como un tufillo suave y ligeramente doloroso, y era como si siguiera vivo a su lado y le cogiera la mano.

Jean Wensel había sido una persona muy cariñosa. Probablemente porque era casi tan mayor como para ser su abuelo o simplemente porque estaba en su naturaleza. Había sido granadero durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces tenía treinta años. Había sido hecho prisionero y deportado a Austria y había regresado a tiempo para despedirse de su propio padre, que había sido soldado en las trincheras

del Yser entre 1914 y 1918. Sus pulmones habían sido alcanzados por el gas alemán.

Según Léontine, la tía paterna de Léon, una vieja solterona que había regresado a la casa familiar después de haber pasado un tiempo como pequeña sirvienta en la granja de un primo lejano, el viejo se había mantenido vivo para esperar el regreso de su hijo. Pronunciaba esta frase, como un mantra:

- ¿Cuándo va a volver Jean?

- Pronto, papá, pronto. Pero estoy aquí.

- Sí, pero tú eres una chica. No es lo mismo.

“Cuando te colocan en una granja a los siete años, para liberarlos de una boca que alimentar, no puedes esperar mucho. Pero en realidad no contaba para nada. Pero era mi padre, y tuve que morder la bala”, confesó un día que se había dejado llevar.

John había regresado y el anciano había fallecido unas horas después de su regreso. Habían tenido tiempo de intercambiar sus experiencias como soldados. El padre había entendido con medias palabras lo que el hijo había pasado y que nunca pudo contar a nadie.

Un hombre que ha pasado por todo esto y tiene la suerte de ser padre después de cuarenta años ya no necesita ser duro con sus hijos. Sólo quiere disfrutar de la oportunidad de cuidarlos. Sólo los fuertes pueden ser gentiles, porque los que no son equilibrados y sólidos, bien en su propia piel, se rodean de murallas, defensas y corazas. Utilizan todos los signos y atributos de su poder y se vuelven duros, agresivos, desconfiados y peores para los demás. Jean Wensel no entraba en esta categoría y, por tanto, no tenía nada que demostrar. Léon y su hermano menor, Elías, tuvieron una infancia feliz. Elías se sintió rápidamente atraído por el teatro.

Léon, que dibujaba desde niño, se dedicó a la pintura, pero le fascinaban las historias sobre África.

- Cuando sea mayor, quiero ser guardia en Albert Park⁵.

⁵ El Parque Albert, actual Parque Nacional de Virunga, fue creado en 1925. Se encuentra en la parte oriental de la República Democrática del Congo. Es el parque más antiguo de África.

Pero los sueños de su infancia seguían siendo sólo eso: sueños.

¿Le había hablado su padre de su interés por África cuando era niño? Nadie lo sabrá nunca. Pero hay vínculos sutiles que llevan a las personas a cumplir los deseos de los demás con distintos grados de fidelidad.

Léon Wensel cayó enfermo alrededor de los catorce años. Se retorció de dolor en silencio. El dolor punzante se clavó en su fémur derecho sin previo aviso. No pudo controlar sus reacciones cuando llegó de repente. Recordó la angustia que su enfermedad había causado a sus padres. A veces los oía hablar en el salón.

- El médico dijo que era grave, dijo su padre.

- Vamos a esperar los resultados de la biopsia, decía su madre.

- Sí, pero si tiene cáncer de huesos, con resultados o sin ellos, nuestras vidas están acabadas.

- Vamos, John, no asumas siempre lo peor.

- Bueno, sólo tienes que rezar. A ver si eso ayuda.

- Creo que acabo de oír la puerta de su habitación cerrarse de golpe.

- Le pedí que no dejara la ventana abierta.

Cuando se acercaba, se callaban de repente, lo que a su vez le provocaba una sorda angustia que no podía expresar. Se dio cuenta de que su enfermedad era grave.

En aquella época, incluso más que ahora, no se le decía al paciente la gravedad de su enfermedad, lo que no ayudaba ni al paciente ni a su familia. Ambos roían en silencio.

Tras varias semanas de insoportable espera, al padre de Léon le dijeron que podían intentar curar a su hijo irradiando un punto específico de su fémur derecho con una dosis de rayos de cobalto cada día.

- Verás, te dije, Jean, que debíamos mantener nuestras esperanzas.

- Te lo diré cuando vea los resultados.

El tratamiento duró varias semanas. Un día el médico especialista decidió que el bombardeo de rayos de cobalto había producido el resultado deseado. Léon fue declarado curado.

- Así que, Jean, puedes ver que teníamos razón al creer.

- Tuvimos suerte con esa basura, eso es todo.

Desde ese momento, sin que se lo pidieran, Elías sintió que tenía la misión de proteger a su hermano mayor. En la escuela, en el recreo, León se aseguraba de tener un defensor contra viento y marea.

Cuando fue acosado por algunos niños de su edad, como ocurre en todos los parques infantiles, no tardó más que unos segundos en aparecer un niño de la nada y saltar sobre la espalda de uno de estos acosadores y golpearlo mientras gritaba:

- ¡No toques a mi hermano o te romperé la cara!

Estaba pendiente del hermano mayor, al que había adivinado, antes que a los demás, un poco más débil. La misión de Elías terminó cuando León entró en la universidad.

Sólo cuando pidió al médico de cabecera un certificado médico en vísperas de su servicio militar, se dio cuenta de que había sido tratado de un tumor de células gigantes, que es un tumor raro, benigno y localmente agresivo. Sin embargo, el coronel médico a cargo del Petit-Château⁶ consideró prudente escribir en el formulario de inscripción que "la solicitud del miliciano Wensel León para el servicio militar es rechazada por razones de incapacidad física".

Después de sus estudios, León conoció a Maya en una fiesta de estudiantes. Se parecía a Claudia Cardinale en la película de Luchino Visconti El guepardo. Se casaron unos años después.

Recordó aquel día en el que había vuelto a casa de sus padres para coger algunas cosas, las últimas que le habían dejado en su casa y que se llevaba a casa, unos días después de su boda con Maya. Su padre le había acompañado hasta su coche. Mientras cerraba el maletero y abría la puerta del conductor, se acercó a su hijo.

Tenía lágrimas en los ojos y pronto comenzó a llorar.

- Menneke⁷, te pido perdón.

- ¿Perdón por qué, papá?

⁶ Centro de reclutamiento de jóvenes milicianos para el servicio militar obligatorio. Esta obligación se suspendió en marzo de 1995 en Bélgica.

⁷ Palabra bruselense del holandés manneke que significa "hombrecito". Una palabra amable para dirigirse a un niño. La palabra maniquí tiene el mismo origen.

- No hice todo lo que debía.
- Pero, papá, no lo entiendo.
- Ni para ti ni para tu hermano.
- Lo has hecho todo, al contrario. Yo, por mi parte, le agradezco todo, créeme, le había dicho, tomándolo en sus brazos.
- Hoy, no te dejo nada. No tengo una bala. ¡Qué desperdicio!
- Papá, ¿a quién le importa? Pagaste nuestra educación, nos permitiste viajar y nos diste lo más preciado de todo: nos enseñaste a reír.

El negocio de su padre no había sido un éxito. No era un hombre de negocios, y cuando fracasó, pagó todas sus facturas para no ser declarado en quiebra, pero se vio obligado a trabajar como repartidor para una empresa de informática para sobrevivir. Le gustaba tanto la lectura que se pasaba todo el día al volante de su furgoneta. Léon había visto a su padre salir de casa en pleno invierno, cuando todavía estaba oscuro y hacía frío. Recordó su figura fornida y encorvada alejándose por la acera nevada. Sintió una punzada de culpabilidad.

La nieve había caído durante la noche y lo cubría todo hasta donde alcanzaba la vista. El aire frío penetraba por todas partes. Todavía tenía que ir a trabajar. Jean Wensel salió de la casa temblando. Con un movimiento en falso, resbaló en un trozo de hielo frente a la casa y se rompió el tobillo⁸. Yacía en el suelo, sin moverse. Léon y Elías habían visto la caída desde lejos y luego acudieron en su ayuda para evitar que alguien pensara que había estado bebiendo. Intentaron levantarlo, pero era demasiado pesado.

- ¡Papá, levántate! Alguien viene.

Un vecino se acercaba a él.

- ¡Diablo, Sr. Wensel! No puedes levantarte. Hay que llamar a una ambulancia, dijo el hombre a los dos hermanos.

Su padre se rio. Una risa triste.

- Es un poco embarazoso, pero mi seguro caducó hace dos días y no lo he renovado.

- En ese caso, permítame que le lleve yo mismo, anunció el vecino. Mi cita puede esperar.

⁸ Uno de los huesos que conecta el pie con la parte inferior de la espinilla

Léon y Elie se habían quedado allí, sin saber muy bien cómo reaccionar. La reacción del vecino les alivió y se sintieron mal por ser tan perdedores. Así que no siempre habían sido amables con su padre. Y, sin embargo, su amor por ellos era inagotable. Un padre nunca deja de amar a sus hijos. Gracias a él, Léon pronto desarrolló el gusto por los viajes al extranjero. Su padre, sin saberlo, le ofreció la oportunidad de vivir en otro lugar al inscribirlo, sin pedirle su opinión, en unas oposiciones organizadas por el Estado para la carrera de Cancillería, preocupado porque sus hijos tuvieran un trabajo estable y no tuvieran que trabajar tanto como él a la edad que había alcanzado.

Léon no tenía ni idea de la naturaleza de la carrera que se le ofrecía, pero como se trataba de una prueba abierta para personas que querían ir al extranjero, se sintió atraído por el reto. Pasó la prueba con éxito. Su padre habló con un amigo suyo:

- ¿Sabes lo que me hizo ese bastardo? Conozco al cuñado del ministro de Asuntos Exteriores y le pregunté si el marido de su hermana no podría darle una pequeña ayuda. Él responde: "Muy bien". Dos semanas más tarde, me llamó: "Oye, Jean, mi cuñado no puede hacer nada por tu hijo. No pedía mucho, digo yo. "No", dice, "¡no puede hacer nada porque su hijo quedó primero en el examen!" ¿Puede creerlo?

Léon comenzó su carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se dio cuenta de que el examen que había realizado no le ofrecía ninguna perspectiva de ascenso. No se trataba de un examen diplomático, sino de una prueba destinada a reclutar oficiales que ocuparan principalmente funciones administrativas. Se llamaba "carrera plana". Pronto le enviaron al extranjero y descubrió que, con carrera plana o sin ella, le encantaba.

Dos años más tarde, justo antes de mediados de julio, la madre de Léon le llamó por teléfono a Atenas, donde estaba en una misión provisional de cuatro meses en la embajada belga.

- Tu padre está muy enfermo. Creo que tiene cáncer y los médicos parecen decir que no estará mucho tiempo más. Es una pena que estés tan lejos.

- Voy a coger un vuelo mañana por la mañana, mamá.

Cuando entró en la habitación en la que estaba su padre, Léon se sorprendió.

El anciano estaba irreconocible. Su piel había adquirido un tono grisáceo. El cáncer ya había hecho estragos en la mayor parte de su cuerpo. Su padre giró la cabeza hacia él y una fina sonrisa iluminó su rostro al reconocer a Léon.

- Pensé que estabas en el extranjero.

- No estás soñando, papá, susurró Léon, inclinándose para besarlo. Estoy aquí. Me enviaron a una misión durante unos días en Bruselas. Aprovecho para saludarte.

- Me alegro mucho de verte, hijo mío.

- Yo también me alegro de verte, papá.

Acercó una silla y se sentó junto a su padre. Sólo pudo ver que su salud era desesperada. Jean Wensel no parecía ser consciente de su estado y nadie de la profesión médica le había informado. Cuando se durmió, Léon recordó todos los desprecios que le había dicho de adolescente. Se había avergonzado de su acento de Bruselas.

No se había dado cuenta de que era su forma de hacer desaparecer a todos esos esnobs y engreídos. Debería haberse dado cuenta de ello. Su padre tenía una clase natural, aunque no hubiera tenido la oportunidad de estudiar. Era demasiado tarde para compensarlo. Estaba escrito en el Gran Libro de la Vida. Para siempre.

Lo que le entristecía aún más era que su padre nunca había reaccionado con violencia a estos crueles ataques. Un día le dijo: - Léon, lo único que deseo para ti es que un día tengas un hijo como tú. Léon no tenía un hijo en ese momento, pero esa frase quedó grabada de forma indeleble en él. La morfina que le daban a su padre cada tres horas lo calmaba y le daba la oportunidad de entregarse a delirantes ensueños.

- ¿Ves a los músicos allí?, dijo, señalando la pared frente a su cama.

- Sí, papá. Tocan una música preciosa, ¿no?

- Oh, sí, suspiró con una gran sonrisa y cerró los ojos.

Cuando se le pasaba el efecto de la morfina, el padre de Léon gemía y hacía gestos de dolor. A veces, cuando el dolor se hacía insoportable, gritaba. El maldito cáncer no le estaba haciendo ningún favor.

Jean Wensel había permitido que se le escapara cuando se estaba royendo a sí mismo por sus hijos, por su futuro financiero y por lo que creía que se había perdido. Había bajado la guardia y el bastardo se había aprovechado de ello. La muerte fue un alivio para él y los que le rodeaban. Léon se dio cuenta de que él y su hermano habían tenido la suerte de estar al lado de su padre en sus últimos momentos.

En los papeles que dejó la madre de Léon y Elie Wensel encontramos una carta póstuma de Elie a su padre:

Hace años que moriste y hace años que me pregunté ¿por qué tú? ¿por qué? Eras el más rudo de los padres y también el más maravilloso.

Sé que sufristeis cuando no éramos los más amables, sino sólo unos gilipollas arrogantes llenos de certezas. Mi hermano y yo nos sentíamos a veces avergonzados por ti, avergonzados por tu acento, demasiado bruselense para nuestro gusto, un acento que sólo te pertenecía a ti y que hoy nos gusta imitar, rebacer con tus entonaciones o tus expresiones que ahora tratamos de recordar para intentar, por un momento, verte delante de nosotros, vivo, ya no avergonzado por tu disfraz con tu gran jersey sin forma. Papá, te quise tanto y nunca tuve la oportunidad o tan poco de demostrártelo. Me sentí muy orgullosa cuando viniste en mayo a verme interpretar a Telcide en "Aquellas señoras de los sombreros verdes" y me dijiste: "Me hiciste reír, ¿sabes?"

Habías subido al escenario de la Sala Lumen con mucha dificultad y yo, como un imbécil, no vi el mal, el puto mal que te carcomía y al que ibas a sucumbir dos meses después.

Eras un narrador brillante. Cómo nos gustaba oírte contar la historia del vecino maloliente que llevabas una vez. Primero fue el olor, otra vez le siguió una mosca, otra vez fue un enjambre. Esperamos con impaciencia la próxima vez para ver cómo habría evolucionado la historia y disfrutamos de sus exageraciones. ¡Qué talento!

Una vez lloré mucho después del funeral. No podía parar. El sonido de la tierra sobre tu ataúd resuena en mis oídos.

Una noche me preguntaste: "No tengo cáncer, ¿verdad? He mentado. Le dije que no, que iba a estar bien "porque escuché a una enfermera hablando con el médico sobre eso". "¡Era el paciente de la habitación de al lado del que hablaban, papá, no te preocupes!"

Fue en ti en quien pensamos cuando tomamos la decisión de pedir el fin de tu sufrimiento. Salimos de tu habitación. El médico ha pedido a la enfermera que le dé morfina.

LA FANTÁSTICA HISTORIA DE UN CÓNSUL "CAMALEÓN"

La puerta se cierra sobre la enfermera gorda con su bandeja y jeringuillas. Vuelve al pasillo. "Ya está, ya no tiene dolor. Puedes acompañarle en sus últimos momentos, si quieres. "

Tomamos su último aliento. Te doy un beso. Descansa en paz, papá.

En otoño de ese mismo año, cincuenta y seis años después de que Jean Wensel escribiera un texto de dos líneas sobre el Congo en su almanaque Payot de 1923, Léon Wensel partió hacia Ruanda. Su padre le había inoculado el virus de la aventura.

EL TERRITORIO DE LAS GRULLAS CORONADAS

1. Un juego de tontos

Aquella vez, Léon Wensel no estaba muy entusiasmado por volver a Kigali. Dejaba atrás a su mujer Maya y a su hijo pequeño.

Léon y Maya habían decidido, en cierto modo bajo presión, que ella no volvería a Ruanda con el niño. Léon estaba a punto de comenzar su quinto año allí solo, probablemente el último. Había subido al DC10 con el corazón encogido.

Su hijo pequeño había sido traído al mundo en Bukavu por Annie, una madre ruandesa.

Una mañana, el teléfono sonó en casa de Léon:

- Dime, Léon, ¿todavía estás dispuesto a acoger en tu casa a un precioso bebé mestizo?

- ¡Por supuesto, Thérèse! ¿Una niña o un niño?

- Esto no es Europa, Léon. Lo descubrirás.

- Tienes razón, lo haré. Chica o chico, estaremos encantados, por supuesto.

- Así que tengo una muy buena noticia para ti, anunció Thérèse, a partir de ahora tendrás que ocuparte de mi prima. No quiere tener un hijo, pero no quiere abortar.

- ¿Cómo es eso una buena noticia para nosotros?

- Acaba de quedarse embarazada. Es demasiado joven. Sus padres no lo saben y ella tiene que ocultar el embarazo. Les dijo que había encontrado trabajo en el norte.

Como no quería avergonzarse de un bebé que había concebido, sin haberlo deseado realmente, con un simpático hombre blanco que pasaba por allí y sin que sus padres lo supieran, había pedido consejo a su prima Thérèse, que a su vez se lo había pedido a Léon.

- Veré lo que puedo hacer, pero puedes contar conmigo. No vamos a dejarla sola para que se enfrente a estos amputados del bulbo.

Léon se refería a las autoridades ruandesas, que desde hace unos meses persiguen a las jóvenes que se han "descarriado" con extranjeros. No está claro qué destino les deparan las autoridades ni qué pasará con sus bebés.

Varios belgas se apresuraron a acudir a la embajada para casar a las jóvenes ruandesas con las que convivían desde hacía años sin preocuparse. Pero ahora la situación se estaba volviendo insostenible. Cualquier joven soltera entraría en pánico ante la idea de ser arrestada una vez que su embarazo se hiciera evidente. Este fue el caso de Annie. Léon Wensel había aprendido hace unos años que era estéril. Los bombardeos de rayos de cobalto cuando tenía catorce años habían causado su esterilidad. El pesimismo de su padre había resultado premonitorio. Él y su mujer habían acordado que, si alguna vez querían formar una familia, tendrían que recurrir a la adopción. Esa llamada de Thérèse fue providencial.

Léon había cumplido su promesa y envió a Annie a vivir con René, un amigo que vivía en Bugarama, en la frontera con Uganda, en una concesión minera de lento desarrollo.

Era un lugar hermoso, intacto por el aumento de la población que empezaba a sentirse en toda Ruanda. La propiedad estaba vallada y vigilada. Era, según Léon, el lugar perfecto para estar. Pero al cabo de quince días, Annie había pedido a Léon que le buscara otro lugar menos aislado.

- ¿Qué pasó en Bugarama, Annie?

- Mira, no lo sé. Tal vez esté imaginando cosas, pero no me sentía segura con todos esos trabajadores..., no dejaban de mirarme. Y luego, por la noche, es espeluznante.

Annie tenía la impresión de que los trabajadores la miraban con lujuria. Hay que decir que la visión de esta joven, vestida a la última moda, fue un cambio en su vida cotidiana.

Lejos de sus familias, sin mujeres a su alrededor, podían deleitarse con la visión de esta bonita criatura de vientre rollizo y esperar que sucumbiera a sus encantos.

Léon no había dudado y la había llevado por todo el país hasta Cyanguu, una ciudad del suroeste, en la frontera de Ruanda y Zaire, cerca de Bukavu. Allí conoció a Suzanne, una doctora divorciada que vivía sola desde hacía tiempo. Un amigo ruandés se lo había presentado

unos años antes. León y Maya habían desarrollado una fuerte amistad con ella. Suzanne había aceptado recibir a este extraño en su casa.

Suzanne era la persona perfecta para cuidar de Annie y tranquilizarla. ¿Qué podría ser mejor para una mujer embarazada? Annie podría consultarla en cualquier momento y no se sentiría sola. Ya no tendría que lidiar con la presión de esos hombres necesitados.

En la embajada, León había anunciado ingenuamente que él y Maya iban a adoptar un pequeño bebé que aún estaba en el vientre materno. Esta información aparentemente inocua, que debería haber ablandado los corazones más duros, no había caído en saco roto.

Un lunes por la tarde, algún tiempo después de que León anunciara esta noticia, Susan le llamó a casa.

- ¿Sigues pensando en adoptar al hijo de Annie?

- Pero, pero..., por supuesto, Suzanne tartamudeó León, sorprendido. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Perdió a su bebé?

- Nada de eso.

- Pero entonces, ¿por qué lo preguntas? Me preocupas.

- Su colega Albert Dutilleul vino a Cyangugu este fin de semana para conocer a Annie.

- ¿Qué demonios estaba haciendo en Cyangugu? ¡¿Qué tiene que ver con Annie?! No... no me digas que...

Wensel tenía miedo de entender.

El número dos de la embajada, Albert Dutilleul, un diplomático que había sido amable y amistoso hasta ese momento se había colado en Cyangugu el fin de semana anterior para conocer a Annie. Dutilleul tenía más de treinta años. Su rostro estaba anormalmente pálido. Llevaba una barba de cuello sin bigote, como un jefe de exploradores. Sus ojos azul pálido eran fríos.

Suzanne no había estado allí cuando Dutilleul llegó a su casa. Había vuelto, unos minutos después, por la entrada de servicio y, siguiendo su intuición, se había asegurado de no ser vista. Había captado algunos fragmentos de lo que Dutilleul le decía a Annie:

- Como sabes, este niño que llevas no tiene padre oficial y las autoridades ruandesas no ven con buenos ojos a las mujeres como tú. Pero todo se puede arreglar si eres razonable. Los Wensel's no son gente de confianza. Son demasiado jóvenes. Me temo que no cuidarán

bien de su hijo. Mi hermano y su esposa tienen un plan para su hijo. Lo cuidarán de la mejor manera, créeme. Si necesita algo, podemos proporcionárselo. Están dispuestos a compensarles generosamente. Me gustaría que me hicieras saber la evolución de tu embarazo por si necesitas algo.

- Cuando hice mi falsa entrada, continuó Suzanne, marqué mi asombro al verle allí. Me dijo que estaba de paso por la zona porque también tiene un hermano religioso que vive en Bukavu.

- Así es. Lo he visto aquí antes. Es una buena persona, confirmó Léon.

- Cuando se fue, le pregunté a Annie si los Wensel le habían dicho algo. Ella respondió negativamente.

- ¡Qué nervios!, exclamó Léon.

- Ya lo creo, respondió Suzanne.

Wensel no podía creerlo. Él y Dutilleul se habían llevado muy bien desde el principio de su estancia. Incluso se podría decir que eran como ladrones. Es cierto que los ladrones nunca son de fiar cuando se enfrentan a la policía. Pero aquí, en la superficie, no había ninguna razón para que se enfrentaran. ¡Ladrones en una pelea era una simple expresión, después de todo!

En realidad, no conoces el corazón de las personas, ni siquiera de las que parecen cercanas a ti. Dutilleul tenía un interés en este asunto.

Durante las siguientes largas semanas, Léon aprendió lo que significaba ser un verdadero diplomático: el arte de mandar al diablo a alguien de tal manera que dejara todo, inmediatamente, para estar seguro de encontrarse con él antes que nadie.

La relación que mantenía con Albert Dutilleul era de lo más afable. Wensel no perdía la oportunidad de entrar en el despacho de Dutilleul y contarle una buena historia.

Al parecer, Léon se reía con ganas de todas las bromas que el otro le lanzaba, creyéndose igual de buen diplomático.

Léon utilizó las palabras "agradable, simpático, encantador, gracioso, complaciente y simpático" en todas sus formas con respecto a Dutilleul. Como dos arañas que han cazado moscas, Wensel y Dutilleul se recubren metódicamente de conceptos de aparente cortesía y superficial benevolencia. Léon tenía una ventaja sobre Dutilleul. Él lo

sabía y el otro no sabía que lo sabía. Observaba con atención los patéticos esfuerzos de ese falso imbécil por robarle el bebé a Annie.

Fue un hermoso juego de tontos.

Annie dio a luz a su hijo a principios de junio en Bukavu, en el país vecino. Cyangugu y Bukavu eran las dos ciudades fronterizas entre Ruanda y Zaire. Al dar a luz en Zaire, Annie no se arriesgaría a tener problemas con las autoridades ruandesas.

Suzanne tomó una avioneta tres días después y les trajo a Léon y a su mujer un niño envuelto como un muñeco.

Y así llegó el pequeño Yohanni a sus vidas.

Con un placer tenue pero real, Léon se acercó a Albert Dutilleul:

- Albert, tengo que pedirte un favor. ¿Puede leer conmigo el acta notarial de adopción de mi hijo?

Albert tomó al firmante en la mano y se inclinó sobre el documento.

Su rostro, ya muy pálido en su estado natural, se volvió aún más pálido.

- ¿Me he equivocado en la redacción?, preguntó Léon.

Albert siguió leyendo sin decir nada.

- Te lo digo porque a veces basta una coma mal colocada para cambiar el sentido de un texto. Y prefiero hablar con alguien que sepa de lo que habla, añadió Léon con displicencia.

- No, todo parece correcto, continuó, imperturbable, con un matiz casi imperceptible de molestia.

- Me has asustado, continuó Wensel, apenas disimulando su diversión.

Albert le miró sin comprender y terminó de leer. Levantó la vista y se dirigió a Léon:

- Supongo que todavía tengo que felicitaros a ti y a Maya. Manejaron este caso como verdaderos profesionales.

- Gracias, Albert. Hay que decir que todo el mundo aquí ha sido muy amable con nosotros, especialmente tú, y que has hecho todo lo posible para que esta adopción sea posible, respondió Léon con falsa franqueza.

- Es lo menos que podemos hacer cuando podemos hacer un favor a un colega, respiró Albert con una sonrisa contenida que apenas camuflaba una fría rabia.

Albert Dutilleul dejó el puesto definitivamente unas semanas después.

Había actuado como un furtivo y había perdido su oportunidad. Nunca

LA FANTÁSTICA HISTORIA DE UN CÓNSUL "CAMALEÓN"

supo con certeza si su perfidia había sido revelada en cuanto se puso en marcha este diabólico plan. Léon, por su parte, dejó la duda en el aire porque nunca cambió su actitud hacia su colega.

Aunque se sentía aliviada y feliz de haber confiado su hijo a esta joven pareja, Annie había intuido que la herida de este abandono forzado nunca podría cicatrizar realmente. Por ello, había dejado claro que entregaba a su pequeño con la única condición de no volver a verlo en la esquina de una calle de Kigali, una ciudad tan grande como un pañuelo en ese momento.

2. El aeropuerto de Entebbe

Hacia este pañuelo de bolsillo se dirigía el tri-reactor de larga distancia fabricado por la empresa McDonnell Douglas, sobre el desierto del Sahara. El vuelo sobre este océano de arena había sido, como de costumbre, intercalado con lagunas de aire. Las corrientes ascendentes que los aviones encuentran sobre el Sáhara provocan variaciones de altitud de algunas decenas de metros. El avión había empezado a vibrar y la carrocería parecía sacudirse. Léon Wensel pensó: ¡Qué buena manera de hacer sentir a la gente lo pequeña que es frente a la naturaleza todopoderosa!

Se había acostumbrado a estos momentos dolorosos, pero esta vez, debido a su tristeza, a su fragilidad, los temidos temblores actuaron como un taladro de dentista sobre su moral.

A su regreso a Bélgica, sólo había visto a su hijo durante unos días. Evidentemente, el niño no le había reconocido. Había vuelto su carita hacia su madre, que había ido a recibirlo al aeropuerto, para preguntarle con la mirada qué quería de él aquel hombre extraño, sonriente y con barba. Así que fue muy duro volver a dejar a este pequeño, que en unos meses recordaría aún menos la cara de su padre.

Al cabo de ocho horas, de madrugada, el DC10 había salido del bosque y aterrizado elegantemente en la pista del aeropuerto de Entebbe, a unos cientos de metros del lago Victoria.

Wensel miró por la ventana. Frederic Capart, mecánico cualificado del DC10 utilizado por Sabena, esperaba al final de la escalera en el lado izquierdo del avión.

Era un tipo alto de unos cuarenta años, muy delgado y distinguido. El camarero encargado de la primera clase bajó las escaleras para entregarle el correo.

Capart lo colocó en la furgoneta que había aparcado bajo el morro del avión y luego se aseguró de que sus ayudantes habían colocado correctamente la manguera de suministro de queroseno. El avión debía tener suficiente combustible para hacer el viaje de Entebbe a Kigali y luego a Kigali-Nairobi, donde el precio del combustible era el más bajo de la región. Subió las escaleras para saludar a las azafatas, a las que conocía por su nombre de pila.

El sobrecargo le había preparado una cesta de Sabena, llena de alimentos frescos, algunos quesos duros, salchichas, una botella de güisqui y otra de excelente clarete.

Todos estos alimentos no estaban disponibles a nivel local. Era su forma de mostrar su gratitud por la destreza, el valor y la abnegación que había demostrado durante tantos años. Capart era el único empleado de Sabena en Uganda. Sus compañeros le llamaban con humor "un caso especial" y era capaz de fabricar cualquier pequeña pieza de avión para arreglar una aeronave que tuviera algún problema inesperado. Se dice que fue llamado a Kigali para hacer una pieza imprescindible para cerrar la puerta de un avión que se había estropeado durante una escala. Se había encerrado en un pequeño taller junto al hangar de STAR, una empresa privada de transporte aéreo que operaba casi exclusivamente en Ruanda y los países vecinos.

En dos horas, había hecho el papel. Cuando llegó a Bruselas, los técnicos de allí no habían considerado oportuno sustituir la pieza de Capart. Fue perfecto.

La torre de control del aeropuerto de Entebbe tenía las cicatrices de los dramáticos acontecimientos ocurridos ocho años antes.

A principios del verano de 1976, cuatro terroristas pro-palestinos (dos alemanes y dos árabes, miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina) secuestraron un Airbus A300 de Air France en Entebbe después de que despegara de Atenas, donde había hecho una primera escala. Estaba en la ruta Tel Aviv-París.

Los cuatro terroristas, junto con otros tres secuestradores, querían liberar a unos 50 de los suyos, que estaban recluidos por asesinato en

cárceles israelíes, así como en Kenia, Francia, Suiza y la República Federal de Alemania.

Tras hacer otra escala de siete horas en Bengasi (Libia), el avión, pilotado por los dos terroristas alemanes que habían tomado los mandos del comandante francés, aterrizó en plena noche del 27 al 28 de junio en la pista del antiguo aeropuerto de Entebbe, a unos 40 kilómetros de Kampala, la capital de Uganda.

El presidente Idi Amin Dada había sido advertido por el embajador francés cuando el avión ya sobrevolaba Entebbe. Idi Amin, aliado de la Organización para la Liberación de Palestina, había conseguido convencer a los terroristas para que dejaran bajar a los pasajeros en la sala de tránsito del ruinoso aeropuerto.

El 30 de junio, 147 pasajeros fueron liberados. Los terroristas exigieron que se cumplieran sus demandas antes del 1 de julio o harían volar el avión con los rehenes restantes. Todos los rehenes eran judíos. Como el plazo parecía corto para todos, los terroristas aceptaron ampliar su ultimátum hasta el 4 de julio.

El comandante francés y su tripulación se negaron a ser liberados mientras los pasajeros siguieran siendo rehenes.

Mientras se desarrollaban estas interminables negociaciones, el ejército israelí organizó, sin previo aviso, una incursión en el aeropuerto de Entebbe. Envío un avión de transporte Hércules a Uganda. Los pilotos israelíes volaron a baja altura a lo largo del Océano Índico para escapar de los radares.

Toda la operación fue cronometrada al segundo. La operación en tierra duró unos 20 minutos. Se denominó Operación Entebbe u Operación Rayo y luego se rebautizó retroactivamente como Operación Jonathan en memoria del soldado israelí Yonatan Netanyahu, el único soldado israelí muerto durante la operación. Era el hermano mayor de Benyamin Netanyahu. El grupo de comandos liberó a casi todas las 240 personas retenidas y mató a todos los terroristas.

Dos rehenes fueron asesinados por francotiradores ugandeses mientras el comando evacuaba a los pasajeros a su avión. En respuesta, veinte soldados ugandeses (incluidos los dos francotiradores) fueron abatidos por los soldados israelíes.

LA FANTÁSTICA HISTORIA DE UN CÓNSUL "CAMALEÓN"

Una tercera persona, una mujer de 73 años, evacuada unas horas antes en un hospital de Kampala, fue fusilada al día siguiente de la redada por "valientes" oficiales ugandeses, por orden de Idi Amin Dada para vengar la humillación sufrida.

3. Los pájaros

El avión fue repostado. Frédéric Capart se bajó. Hizo retirar la escalera y se despidió con la mano. La aeronave rodó hasta la pista después de recibir la autorización de la torre de control. Al final de la pista, el capitán, ayudado por su ingeniero de vuelo, puso en marcha los tres motores Pratt & Whitney JT9D. Las potentes turbinas de los motores habían alcanzado su máxima velocidad de rotación. El piloto y el copiloto hicieron las últimas comprobaciones, el avión aceleró por la pista y despegó. Léon Wensel miró a la izquierda. Sabía que el avión estaba a punto de hacer un giro sobre el majestuoso Lago Victoria, el mayor lago de África con una superficie de más de 69.000 km². La vista era impresionantemente bella.

En cuestión de segundos, el DC10, que había abandonado el suelo sin problemas, comenzó a ascender hasta su altitud de crucero sobre el lago Victoria y fijó su rumbo suroeste hacia Kigali. El sol naciente brillaba entre las nubes y se reflejaba en las tranquilas aguas del mar interior. No le decepcionó. La imagen ofrecida a sus ojos le pareció un regalo intangible que tendría presente para los días difíciles. De repente, mientras el avión continuaba su ascenso, Léon Wensel oyó un pac-pac a ambos lados del avión. Esto le sorprendió, pero no le preocupó demasiado. Los pilotos de Sabena eran expertos.

Vio a una azafata levantarse bruscamente de su asiento de salto y dirigirse a la cabina.

- Parece que tiene prisa por reunirse con el capitán en la cabina, dijo Léon, guiñando un ojo a su vecino.
- El vuelo sólo dura cincuenta minutos. Es ahora o nunca, respondió, inexpresivo.
- Era más rápida que las demás.

- Conociendo a ese capitán, creo que incluso pone multas para evitar atascos. Ella tenía el número ganador, mira las caras de las otras azafatas.

- No parecen felices, continuó León en el mismo tono.

Como para darle la razón, una de las azafatas le dedicó a León una apretada sonrisa. La tripulación de cabina tenía caras alegres, pero se notaba que estaban nerviosos. Wensel se preguntó, más allá de su broma, por qué parecían tan tensos.

El avión inició su descenso hacia Kigali. León oyó cómo el tren de aterrizaje se desplegaba y se bloqueaba con un sonido característico y tranquilizador. Se dio cuenta de que el piloto estaba poniendo rápidamente las ruedas de su avión en la pista al principio de los 3.500 metros de pista. León se dio cuenta de que los frenos de velocidad parecían ser ineficaces. Los inversores parecían funcionar, pero el avión no parecía frenar. Justo al final, cuando el avión estaba a unas decenas de metros del final de la pista, el piloto consiguió frenar y giró el gran tri-reactor hacia la terminal.

Cuando el avión entró en la pista, el sobrecargo se acercó a León Wensel con una sonrisa:

- Los pilotos y su ingeniero de vuelo son ases. Aterrizaron con un solo motor...

- ¿Sólo un motor? ¿Cuál?

- El motor central. El de la base del estabilizador vertical.

- ¿Y qué pasó?

- No te lo vas a creer. Sucedió justo cuando estábamos subiendo sobre el lago Victoria. Los dos motores bajo las alas se tragaron un número indeterminado de grandes pájaros que volaban a la misma altura. Las dos turbinas se atascaron casi inmediatamente.

- Ahora que lo mencionas, es cierto que escuché un ruido extraño... una especie de pac-pac... Pero... pero... ¡¡podríamos haber chocado!!, exclamó Wensel, aterrado, dándose cuenta de repente de lo que se les había escapado.

- Bueno, sí..., continuó el sobrecargo, sin piedad, pero el comandante y su primer oficial prefirieron seguir hacia Kigali.

- ¿Por qué lo hicieron?

- Porque era la solución menos mala para él.

- ¿No podríamos volver a Entebbe?
- ¿No has visto el estado del aeropuerto? ... Llenar los depósitos lleva menos tiempo que bajar a los pasajeros.
- ¿A dónde, de todos modos? Los pasillos de pasajeros aún no están preparados. Entebbe es sólo una escala para repostar. Siempre hay combustible. Somos casi los únicos que lo usamos.
- ¿Quieres decir, preguntó Wensel, que ni siquiera Frederic Capart habría sido de ayuda?
- Frederic es un genio de la mecánica, pero no puede hacer milagros y sustituir dos motores a la vez. Y entonces, acabamos de llenar el zinc con queroseno. Si el comandante hubiera decidido volver a bajar a Entebbe, habríamos tenido que arrojar no sé cuántas toneladas de combustible sobre el lago. ¿Te imaginas el lío?
- Supongo que eso habría causado mucha contaminación.
- Por no hablar de las cuantiosas multas. A los ugandeses les encanta hacer esto. Como ya sabrán, el gobierno ugandés está sumido en la confusión. Es sólo otra forma de reforzar las arcas del gobierno. Por ello, el comandante prefirió arriesgarse a continuar su viaje. Aterrizar en Entebbe más tiempo del necesario no era una opción.

Sabena fue la única compañía que se atrevió a seguir operando la ruta desde Europa a pesar de la situación tan inestable que se vive en esa parte de África.

Tres años después del asalto a Entebbe por parte de comandos israelíes, Idi Amin fue derrocado en abril de 1979 por el ejército tanzano tras iniciar una guerra con Tanzania. Durante un año y medio, una junta militar dirigida por los tanzanos gobernó el país.

En diciembre de 1980, Milton Obote asumió el poder en unas disputadas elecciones.

En el momento en que estas aves estuvieron a punto de derribar el DC10, Uganda seguía siendo un país muy inestable. A pesar de lo que pudieran objetar algunas mentes contrariadas y con problemas de procedimiento, el comandante había tomado la decisión correcta.

4. Cruzando Kenia y Uganda

Léon Wensel recordó su visita a Uganda a finales de 1979. Esto ocurrió al principio de su estancia en Ruanda. Su colega Albert Dutilleul había llegado a Kigali dos semanas después que él. Poco antes de su partida hacia África, cada uno había comprado un coche. El coste del transporte aéreo de los vehículos era prohibitivo en aquella época, por lo que Dutilleul y Wensel hicieron embarcar sus vehículos, un Peugeot 504 y un Renault 4, en un buque de carga que hizo escala en Mombasa, en el océano Índico. Para evitar costes adicionales, decidieron recoger su coche en Kenia. Pasaron una noche en Nairobi y al día siguiente tomaron una avioneta a Mombasa. Fueron directamente al puerto, donde les esperaba Paul Van Bever, cónsul honorario de Bélgica en Mombasa y representante de la Agencia Marítima Internacional. Se le conocía como *Whispering Paul*.⁹

De hecho, era cualquier cosa menos un susurrador. Cuando hablaba, lo hacía siempre a unos decibelios más altos que los demás. Había sido capitán de barco y había navegado por todo el mundo. Su jocosos apodo se debe precisamente a que siempre tenía que gritar para hacerse entender por su tripulación cuando su barco estaba en medio del mar y el viento soplaba continuamente.

Cuando entraba en un restaurante o una cafetería repleta de gente, era él quien se encargaba de hacer el pedido. El susurrante Paul había recibido a Wensel y Dutilleul en su despacho.

- Cuando llegues a Voi -está a 160 kilómetros de Mombasa, digamos que, a dos horas y media, si conduces bien, justo después del pueblo, debes tomar la pista que te llevará a la entrada de Tsavo Este.

- Ah, sí. He oído que el parque es precioso.

⁹ Pablo el Susurrante